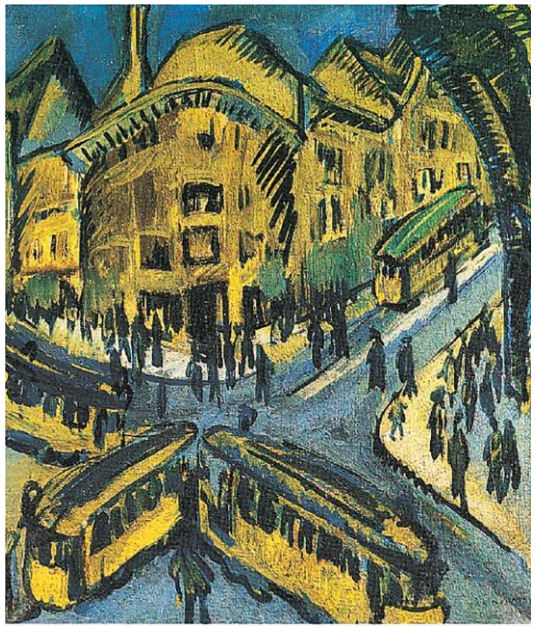
Bernhard Schlink



El lector

CLUB DE LECTURA 91

25 de novembre de 2019

BIBLIOTECA
BAC DE RODA

L'autor

Escriptor alemany nascut el 1944 a Bielefeld. Va estudiar Dret i des del 1988 fins al 2005 va ocupar el càrrec de jutge del Tribunal Constitucional al land del Rin del Nord-Westfàlia. També ha treballat com a professor de Dret a les universitats Friedrich-Wilhelm de Bonn, Johann Wolfgang Goethe de Frankfurt del Main, i ha impartit filosofia del dret a la Universitat Humboldt de Berlín.

Com a escriptor es va iniciar amb el gènere negre amb la novel·la ***La justícia de Selb*** (1987), escrita conjuntament amb Walter Popp. La història està protagonitzada pel detectiu Gerhard Selb (nom que es pot traduir per "mateix", "auto-", "si mateix"...), i que posteriorment també va ser el personatge principal de ***El nus gordià*** (1988), amb la qual va obtenir el premi Friedrich-Glauser-Preis de literatura criminal (1989). Continuant amb aquesta saga tenim ***L'engany de Selb*** (1992) i ***L'assassinat de Selb*** (2001).

Fora d'aquest gènere ha publicat també les novel·les ***El retorn*** (2006), ***El cap de setmana*** (2008) i les narracions ***Fugides d'amor*** (2000). ***Mentiras de verano*** (2012)***,*** ***Mujer bajando una escalera*** (2016) i ***Olga*** (2018)***,*** han confirmat el seu extraordinari talent.

L'obra

El lector, publicada el 1995 explica la història de Michael Berg, un noi de quinze anys amb problemes de salut, que un dia coneix a la Hanna, una dona madura de més de trenta anys, amb qui inicia una relació amorosa, una història que hauran de viure en secret. Després d'anys de no veure's, es retroben en un tribunal: en Michael ara és advocat, i ella està acusada d'un crim del passat. Per a en Michael aquest passat obscur és una sorpresa, però, amb tot, ell continuarà fent-li de lector, com feia quan tenia quinze anys i eren amants secrets. Ara les històries que li llegeix les ha d'enregistrar en cintes magnetofòniques que li envia a la presó.

El lector ha obtingut nombrosos guardons: el premi Hans Fallada de la ciutat de Neumuenster, el premi Welt, el premi italià Grinzane Cavour, el premi francès Laure Bataillon i el premi Ehrengabe de la Düsseldorf Heinrich Heine Society.

L'any 2008 Stephen Daldry es va encarregar de dur-la a la gran pantalla protagonitzada per Kate Winslet i Ralph Fiennes.

Opinions i ressenyes:

EL LECTOR. [ARTICLE PUBLICAT A: HTTP://WWW.LALIBRERIADEJAVIER.COM]

La historia del libro es sencilla a pesar de los recovecos insinuantes en los que nos sumerge una vez iniciada la lectura. Un chico de quince años atraviesa una hepatitis en época de la posguerra alemana. Vive en un tranquilo y pobre barrio junto a su familia. Un día, volviendo a casa desde el colegio, se encuentra mal y empieza a vomitar en plena calle. Hasta él llega una mujer que aparenta ser unos veinte años mayor. Le ayuda a lavarse y a encontrarse mejor, hasta que vuelve a casa. Al cabo de unos días su madre le pide que le lleve un ramo de flores como agradecimiento por su bondad. Y es en ese momento en el que, a consecuencia de la edad y su inocencia, empieza una relación amorosa dotada de ciertos hábitos especiales. Una relación que empieza ineludiblemente en una bañera y con las lecturas de ciertos clásicos por parte de Michael y que a ella, Hanna, le causan un gran placer. La mujer ejerce de revisora en un tranvía con unos horarios alternantes. Esta relación, a veces tormentosa, llega a su fin en el momento en el que ella, sin ningún tipo de explicación, desaparece. Pero el destino siempre vuelve, y el azar hará que Hanna conviva con él hasta el fin de sus días.

Nos encontramos con una obra compleja, bastante compleja. Lo que puede ser una historia romántica al más puro estilo "El graduado", se nos va enrevesando con unos complejos mecanismos que no acabamos de dilucidar bien. Y es que, cuando nuestro chiquillo pasa a estudiar Derecho y a hacer ciertas prácticas en un juicio, empiezan a aflorar esos fantasmas del pasado y que vuelven con unas facetas que no teníamos idea de su repercusión. Y son esos fantasmas del pasado los que le hacen madurar al protagonista y los que le logran perturbar tomando conocimiento de hechos que creía alejados y que, a la postre, atormentan a todos aquellos que han tenido una mínima relación con los sucesos del holocausto.

Porque de eso es lo que va el relato. De la pena y la redención, de la expiación y la culpabilidad, del amor y el odio, de todo ello mezclado y de cómo el tiempo, que todo lo borra, no es capaz de ni tan siquiera depositar una pátina de lejanía en unos sucesos que nos han dejado sin aliento. Micheal no es capaz de discernir, en su maduración, si ese amor que ha condicionado toda su vida y ha llevado a la bancarrota a su posterior matrimonio, es algo por lo que merece luchar y redimir o es algo por lo que olvidar y pasar página. Pero muy a su pesar, esa página pesa demasiado en su memoria como para dar esquinazo a ese primer amor que nos marca de forma indeleble. Y esas lecturas, que en un principio toma por puro placer sensual junto a la bañera, se convierten en una losa placentera pero ineludible y que mantendrá durante los casi veinte años de separación, gracias a cintas magnetofónicas, y a pesar de saber la verdad sobre la historia de su amante. Porque ¿somos nosotros, meros espectadores de ese pasado infierno, jueces valedores en caso de saber la verdad sobre los acontecimientos? En este caso ni los consejos de su padre, filósofo y maestro, ni los de su profesor de Derecho, le harán ver que la redención hay que trabajársela uno mismo. En este caso la culpable Hanna. Que sus ayudas pueden ser algo que haría más daño que beneficio está por ver, un algo que con los años entenderá aunque arrastre ese pesar toda su vida…

Esta estupenda novela es un relato del que hay que hablar poco hasta que sea leída por el interesado. Cualquier detalle que dijera podría dar al traste con partes de la obra que desconciertan y perturban. La maestría del narrador, un juez escritor que sabe lo que se cuece, hace de la escritura una labor aséptica y que deja sentimientos en nuestras manos para que nos involucremos plenamente en ella. Absolutamente recomendable.

* * *

EL LECTOR. [ARTICLE PUBLICAT A: HTTPS://WWW.REVISTADELIBROS.COM]

Borges, quien gustaba mucho de citar a Heráclito, decía que ni un río es continuamente el mismo río ni un lector el mismo lector. Y no es sino pura casualidad que este comentario a un libro, que se titula precisamente *El lector* (Anagrama), comience con una reflexión, más bien ligera y acaso vana, en torno a las circunstancias en que se produjo su lectura, a once mil kilómetros de altura sobre el océano Atlántico, en avión camino de Buenos Aires. Evidentemente Borges y Heráclito tienen razón. No es un mismo lector aquel que lee repantingado en una butaca del salón de casa que el que lo hace a más de ochocientos kilómetros por hora sobre el abismo, pues hay potencias que se le escapan para situarse en guardia permanente ante el instinto de conservación. Y más claro resulta todavía que el lector que elige su lectura para un viaje así, no es el mismo que el que se prepara para una lectura sobre tierra firme. Hay que compensar las solicitaciones propias del vuelo con las promesas de facilidad del libro. Y aunque luego la lectura ofrezca más de lo esperado, aun cuando no sepamos muy bien qué, al menos la incógnita queda planteada, una incógnita con anécdota curiosa, puesto que, una vez en Buenos Aires, *El lector* resultó ser el libro que más se repetía en los escaparates de sus librerías, una ciudad que es casi la capital de las librerías.

Escrita en primera persona, consta *Ellector* de tres partes, las dos primeras de casi idéntica extensión, la última, algo más breve. «A los quince años tuve hepatitis», así comienza el relato. Desde casa, obligado a guardar reposo en la cama, el narrador «oía a los niños jugando en el patio». Lo que inmediatamente sitúa la acción y la mirada en lo retrospectivo. No se dice: oía a mis *compañeros* o a los *otros niños* jugar en el patio. Y más adelante se enfatiza ese distanciamiento con una reflexión interesante: «¿Por qué lo que fue hermoso, cuando miramos atrás, se nos vuelve quebradizo al saber que ocultaba verdades amargas? ¿Por qué se oscurece el recuerdo de unos años felices de matrimonio cuando nos enteramos de que el otro tuvo un amante durante todo ese tiempo?»

La primera parte toma enseguida la forma leve de un relato amoroso entre un muchacho de quince años y una mujer de treinta y seis. No cabe principio más apropiado para pasar el rato en el avión. El tiempo evocado tiene sin embargo una datación imprecisa. Estamos en Alemania Occidental y todavía se usan el carbón de coque y las briquetas para alimentar las cocinas domésticas, aunque más adelante descubramos que, si la protagonista tenía cuarenta y tres años en el momento de ser sometida a juicio, hemos de estar exactamente en 1965 o en 1966 puesto que había nacido, según se dice, el 21 de octubre de 1922. Pero fechas y momentos se muestran tan evasivos como las vías de éter sobre las que circula el avión que nos lleva, y si bien tal imprecisión está muy lejos de ser determinante, no es tampoco favorecedora de una lectura atenta.

Hay un dato crucial, sin embargo, que afecta a la protagonista femenina, una situación que se repite y que despierta idéntica reacción en ella. Hanna, que así se llama, siente vergüenza por una condición suya que no debo revelar por respeto al lector o, más bien, al autor que quiere que tal revelación sea progresiva. Se trata de un dato novelesco. Quiero decir que es convencional, forma parte de ese pacto entre lector y autor que es exigible a toda lectura. Pero no es muy creíble, no el dato en sí, sino su extraordinaria relevancia posterior, esa importancia trascendental que adquiere para explicar la conducta de Hanna. Parece una simplificación propia de un tipo de novela, la policiaca, que es lo que hasta ahora había cultivado Bernhard Schlink, en la que a veces se pretende que las cosas se acoplen como los elementos de una ecuación algebraica en la que bastaría despejar una incógnita para hallar el resultado.

Claro que a lo peor esto no son más que chinchorrerías ante un libro que se lee con agrado y que en su segunda parte entra en un territorio de considerable ambición, nada menos que el de la culpabilidad de los ciudadanos alemanes ante el holocausto. Y seré de nuevo cauto a la hora de seguir adelante para no revelar datos que puedan perjudicar a posibles lectores. Anotaré, sí, que las interrogantes que se plantean van mucho más allá de lo que concierne a los dos protagonistas: «¿Qué era la justicia? –se dice, por ejemplo–. ¿Lo que decían los libros o lo que se imponía y aplicaba en la vida real? ¿O más bien, lo que independientemente de los libros, obligaba a cumplir el ordenamiento de la época?». Interrogantes que sumadas a alguna anterior constituyen las hebras de un nudo casi como el gordiano puesto que basta para deshacerlo el tajo de una sola afirmación que Schlink pone en labios de un profesor de Derecho: «Fíjense en los acusados –dice–. No encontrarán ninguno que crea de verdad que en aquella época le estaba permitido asesinar». Palabras estas que, a pesar de que la ambigüedad sea sustancia de lo novelesco, sintetizan con precisión toda esa polémica tan en boga últimamente sobre el pueblo alemán y el holocausto a raíz del libro de Goldhagen *Los alemanes corrientes y elHolocausto.*

Aunque, a decir verdad, las cosas ni se prometían así de simples ni resultan tan claras siempre y uno acaba con la sensación o –por qué no– la sospecha de que algo fundamental se le ha sustraído al libro, como si la voluntad de su autor no hubiera podido escapar a ese imperativo de lo políticamente correcto que es la forma dominante que ha tomado el Leviatán en nuestros días, o acaso, y sin ponerse tan tremendos, esa especie de Código Hays Universal que convierte nuestro mundo en un estudio hollywoodense de los años cincuenta. Pero *El lector* es, a pesar de todo, y esto creo no haberlo dicho todavía, una original historia de amor, cuya culminación tiene lugar por vía platónica a través de los relatos de algunos maestros de la literatura que uno de los amantes recoge con su voz en cintas magnetofónicas que hace llegar periódicamente al otro, enclaustrado en una cárcel.

* * *

BERNHARD SCHLINK, HIPÓCRITA LECTOR… PER CARLOS FRANZ
[ARTICLE PUBLICAT A: HTTP://WWW.CERVANTESVIRTUAL.COM]

¿Comprender el crimen, significa empezar a perdonarlo? ¿Castigar lo que no entendemos completamente, nos convierte en verdugos? ¿El novelista que intenta entender, en lugar de denunciar, se hace cómplice del escándalo? Y qué hay del «hipócrita lector», como lo llamó Baudelaire, «mi semejante, mi hermano»... ¿Cómplice, también?
Esas son algunas de las preguntas que nos formula la espléndida novela *El Lector*, de Bernhard Schlink. Acaba de terminar la segunda guerra mundial. Michael Berg tiene 15 años y vive en una ciudad alemana cualquiera. Una tarde, volviendo del colegio, el muchacho se siente mal y vomita en la calle. Una mujer madura y atractiva lo auxilia. Se llama Hanna y tiene 36 años. Comienzan una relación erótica. Ella lo baña, lo seca, lo cabalga, lo inicia en las ficciones del deseo. Hanna trabaja como

cobradora de tranvía. Es simple, vive en el puro presente y no le gusta hablar. Tal vez para callar al muchacho que hace demasiadas preguntas, le pide que lea. Michael parte con lo único que tiene, le lee sus textos de estudio: Schiller, Goethe. Luego, entusiasmada, ella le pide más. Michael inicia a su amante madura en el deseo de las ficciones. Se internan en Dickens, en Tolstoi. Durante casi un año «mantuvimos nuestro ritual de ducha, lectura, amor y reposo. Le leí *Guerra y Paz*...». El muchacho se enamora cada vez más. Roba un camisón de seda para ella, padece los incomprensibles silencios de la mujer. Y los llena leyéndole, leyéndole... Hacen un viaje de verano en bicicletas. Luego, de pronto, sin ningún aviso, Hanna lo deja, desaparece. Y Michael, terriblemente desilusionado, crece. Crece afectado de «aquella combinación de cinismo y sensibilidad» que, quizás, sea la marca ambivalente de la generación alemana de posguerra.

Siete años después, Michael es un fervoroso estudiante de derecho. Un joven inocente que culpa a toda la Alemania de sus padres por haberle heredado un pasado inexcusable. Fervoroso e inocente, asiste a un juicio contra criminales de guerra. Hay cinco mujeres acusadas por la muerte de varias prisioneras en el campo de concentración del que eran guardianas. Entre ellas, Michael reconoce a Hanna... Y reconoce el dilema que en adelante dividirá su vida. Entre el deseo de castigar la ignominia colectiva, añadida a la traición amorosa que le hizo ella; y por otro lado: el verdadero amor que, como el auténtico mal, es en el fondo irremediable.

Como novela política, *El lector* constituye una excepción dentro del género. Los narradores políticos -todavía a fines del milenio- suelen preferirse épicos y apostar al héroe. En cambio, el narrador artista lleva un siglo por lo menos arriesgando su buena conciencia y atreviéndose a tomar ese punto de vista prima facie inmoral: el del antihéroe. Arriesgándose también, el hipócrita lector (usted, lector) se ha acostumbrado ya a descubrirse, a re-conocerse, en «el malo». Hemos comprendido (es decir, hemos ampliado los límites de nuestra experiencia moral para abarcar...) al Raskólnikov de *Crimen y Castigo*, al Kurtz de *Corazón de Tinieblas*, o al Mersault de *El extranjero*. Leyendo esos libros todos le hemos tomado alguna vez el peso al hacha del verdugo.

Una zozobra ética de esta especie es, precisamente, el ejercicio que *El Lector* propone a sus lectores. Una agonía moral inusitada en la novela política contemporánea: «Quería comprender y al mismo tiempo condenar el crimen de Hanna. Pero su crimen era demasiado terrible. Cuando intentaba comprenderlo tenía la sensación de no estar condenándolo como se merecía. Cuando lo condenaba como se merecía, no quedaba espacio para la comprensión».

Leído en las sociedades latinoamericanas de fin de milenio y posguerra-sucia, este libro deja lecciones insoslayables. En una novela sobre erotismo y política, Schlink jamás incurre en las pornografías propias de esos dos temas. Jamás pormenoriza un acto sexual. Y nunca excusa a un partido. No sólo eso, Schlink escoge deliberadamente un punto de vista que nos implica: el del lector (en una novela llamada «*El lector*», todos venimos a ser protagonistas). Y desde allí nos conduce inexorablemente a comprender al verdugo. Mostrándonos en él al débil, al analfabeto, aquel para el cual el mundo es un enigma violento al que sólo puede responder con la violencia de un animal ciego.

Pero hace Bernhard Schlink algo más, algo por lo cual esta novela política y moral es de una especie extraordinaria. Nos lleva hábilmente a comprender cómo se puede amar a la guardiana, amar al «malo». Y que en tal caso no hay manera de escoger honestamente entre ese amor y nuestro deseo de justicia. Como ocurre con los grandes libros, no es sólo nuestra inteligencia e imaginación la que es puesta a prueba, es nuestra tolerancia, nuestra cultura (cultura como sinónimo de humanidad).

Llegamos a este libro premunidos de nuestras bárbaras certezas. Y lo dejamos, civilizados por la duda.

BIBLIOTECA BAC DE RODA
C. d'en Bac de Roda, 1 bis. 08510. Roda de Ter.
Tel.: 938540077. A/e:b.rodadeter.br@diba.cat
www.rodadeter.cat/biblioteca

BIBLIOTECA
BAC DE RODA

Segueix-nos a: BibliotecaBacdeRoda bibliotecabacderoda

© Biblioteca Bac de Roda, 2019

AJUNTAMENT DE RODA DE TER

Diputació Barcelona
Xarxa de Biblioteques Municipals